

como el que siempre habia tenido ante la vista. Sus contemporáneos cuentan que habia en su estatura mucho de gigantesco y mucho de atlético en sus fuerzas. Y en aquel cuerpo de gigante latía un corazón de mujer. Lo que mas le embargaba era el castigo de los niños no bautizados, para quienes, si parecia poco el cielo, tambien parecia mucho el limbo ó el infierno, puesto que no tienen culpa. Y llevado de estos sentimientos y de estas ideas, negaba el dogma de la predestinacion, el dogma de la gracia, el dogma del pecado original, proclamando en toda su extension y en toda su pureza el divino principio de la libertad.

Tales ideas debian producir necesariamente un conflicto y tal conflicto debia necesariamente influir en el desarrollo de los dogmas. Encontróse el enérgico breton, de quien la historia no dice si fuera eclesiástico ó seglar, en la Roma, amenazada con la desgracia apocalíptica de la irrupcion de los bárbaros, y del saco de Alarico el año 410, encontróse con otro pensador de primer orden, tambien inmortal en la historia, con San Agustin. El breton, educado á las orillas de ese desierto de olas, movable y cambiante, habia aprendido en él todas las tempestuosas agitaciones de la libertad. El africano, educado á las orillas de ese océano de arena, uniforme y silencioso y monótono, habia aprendido en él la unidad y la uniformidad de la divina gracia; ambos á dos, el uno en las ondas espumosas y el otro en las ondulaciones areniscas, en la inmensidad de espectáculos naturales que tocan respectivamente con lo infinito, habian tomado las sendas energías de sus vigorosas voluntades y de sus audaces pensamientos. Amigos desde la mocedad por sus analogías de complexion, debian ser enemigos en la madurez de la vida por su diferencia de ideas, mas apasionadamente amadas por Agustin que por Pelagio, á causa de la mayor viveza en sus emociones y de la mayor facilidad en su expresion y en su elocuencia. Pelagio no descansaba un punto y corria por todas las regiones de la tierra, donde quiera que pudiese aprender un sistema, con la misma facilidad que el viento sobre el mar breton de su patria. Y pasó á Roma, de Roma á Cartago, de Cartago á Jerusalem, como si quisiera instruir su inteligencia en estas escuelas vivas y acerar su voluntad en estas grandiosas ruinas. Temperamento enérgico y constante, de implacable lógica y de vigorosos pensamientos, arrastraba en pos de sí á muchos discípulos y á muchos sec-

tarios, como arrastra siempre con su empuje la fuerza y sobre todo la fuerza de voluntad. Hé ahí el secreto de Pelagio, el secreto de su vida, el secreto de su doctrina, el secreto de su historia; querer ejercitar la fuerza de las fuerzas, aplicar la energía de las energías, poseer el poder de los poderes, sentir, creer, realizar, cumplir la voluntad. Ya lo hemos dicho, donde quiera que se presentara, debia tener celosos discípulos y recelosos contradictores. Entre aquellos contábase el escocés Celeste, de patricia familia, sutilísimo en argucias, hábil en proceder y en conducta, pero desconocedor del mundo que adoctrinaba y poseido de un entusiasmo muy cercano al furor. Y si tuvo un discípulo fanático en Celeste, tuvo dos contradictores temibles en San Jerónimo y en Paulo Orosio. Los tres teólogos se hallaban, por aquel tiempo, en la áspera tierra de Palestina, donde el eco de las profecías, el recuerdo de las tradiciones, la presencia de los misterios enardecen el alma y la preparan á la guerra espiritual de la predicacion y de la propaganda. Jerónimo habitaba de antiguo aquellas tierras apropiadas á la uniformidad de su pensamiento y á la fijeza de su fe. Paulo Orosio, español de nacimiento, historiador de vocacion, exaltado en sus afectos como nuestra raza, dejó España para visitar á San Agustin en Africa y dejó Africa para visitar á San Jerónimo en Palestina. Acababa de encontrar al gran padre de la Iglesia africana en el instante mismo en que se apercibia al combate con Pelagio, por creerle llamado á destruir en las almas la idea de la gracia divina, y con la idea de la gracia divina, á destruir en el Universo la necesidad de la revelacion. Pertenecia San Agustin á esa estirpe de hombres, que no solamente creen con fe, sino que tambien adoran lo creído con verdadera pasion. Y perteneciendo á esta estirpe de hombres, no hay decir cómo aborreceria las ideas y la persona de Pelagio, y cómo comunicaria sus creencias y sus sentimientos á su exaltado amigo Paulo Orosio. Este historiador y polemista, instruido ya en las ciencias teológicas por su larga residencia en Braga, ciudad de teólogos y de sabios; por su comercio con San Agustin, al cual auxiliara en sus polémicas con los priscilianistas y con los origenistas; despues de haber combatido en nuestra Península, á la sazón poseída de agitaciones teológicas, y en Africa, ardiente en ideas vivas como en calor natural; debia sentir asaltos mas vigorosos de la fe, redobles mayores del entusiasmo, deseos de esas batallas espirituales tan necesarias á las

inteligencias activas y á los ánimos inquietos, cuando se reclusa en la cueva de Belen, buscando los orígenes del Cristianismo, y á los piés de San Jerónimo, como él dice, releía los libros santos y exaltaba sus revelaciones y sus dogmas en los ardores prestados por aquel suelo de los milagros, por aquella meditacion de las ideas, por aquella penitencia continua, que enflaqueciendo y macerando el cuerpo, avivaban la inteligencia y el alma.

No pueden las herejías ser juzgadas con arreglo á un ideal absoluto, sobre todo, en el ejercicio del ministerio de historiador, que necesita considerar la totalidad de los estados sociales y el natural movimiento de los hechos diarios. Si pudiesen juzgarse las herejías en absoluto ¡ah! toda inteligencia liberal adheriríase por propio impulso al pensamiento de Pelagio, tan fortificante para la humana libertad. Exaltar la energía de la voluntad, fortalecerla en el sentimiento de su poder, impulsarla por su propia virtud al bien, constituir la en una fuerza moral incontrastable, darle toda la importancia que debe tener en la vida por alma de nuestro albedrío y por característica de nuestra naturaleza, merece el asentimiento de cuantos hemos contribuido, en la medida de nuestras fuerzas, á exaltar en el hombre la libertad y la conciencia. Pero compréndase que si las ideas filosóficamente pueden juzgarse en absoluto, históricamente solo pueden juzgarse con arreglo al tiempo, en que brotan por la conciencia y se difunden y propagan en los ánimos. La hora, en que apareció Pelagio, es la hora del Juicio final para el antiguo mundo. Los cielos se oscurecen, la tierra se desquicia, los campos se ensangrientan, los aires se apestan y corrompen, los hombres caen segados por la muerte, los dioses antiguos descienden de sus altares de mármol y se truecan á una en yertos pedruscos; desaparece Roma que llevaba en sí los fundamentos de toda la sociedad; y del fondo de inexplorados desiertos vienen, poseidos de la rabia del exterminio, los bárbaros, cuya ferocidad, si habia de amansarse y dirigirse al bien comun, necesitaba una doctrina, cuyos dogmas diesen mayor participacion á Dios en la vida y menos á la libertad exaltada en el individualismo propio de la índole germánica, hasta confundirse con una irremediable anarquía. No, no podia delante de pueblos primitivos prescindirse con tanta facilidad de la gracia y de la Providencia en que lactaban las almas los primeros sentimientos de la fe; no

podia, no, prescindirse de aquellos dogmas relativos al pecado original que, haciendo solidarios á todos los hombres, disciplinaban sus voluntades y confundian sus inteligencias; no podia, no, prescindirse del bautismo de los niños, so pretexto de que, al venir al mundo, vienen exentos de culpa: destruyendo todos estos principios, destruian la necesidad de la redencion; destruyendo la necesidad de la redencion, destruian la virtud del Cristianismo; destruyendo la virtud del Cristianismo, destruian la única doctrina capaz de continuar la educacion de la humanidad y de mover á los humanos progresos. Por consiguiente, sea cualquiera el concepto que á los filósofos merezca la doctrina pelagiana, merecerá siempre á los historiadores el concepto de una idea prematura é inoportuna en la hora providencial de su aparicion y nacimiento.

El doctor de la Iglesia, San Jerónimo, y el historiador español, Paulo Orosio, decidieron combatir á muerte la doctrina pelagiana, y concitaron las iras del clero palestino. Hallábase á la cabeza de este un varon que, sin detrimento de sus creencias, empleaba en todos los asuntos eclesiásticos profunda y verdadera circunspeccion. Movido por la exaltacion propia de dos polemistas tan exaltados, como Orosio y San Jerónimo, reunió el obispo Juan al clero de Jerusalem, para que entendiera en la nueva doctrina y juzgara de las nuevas ideas, no sin advertirle antes la necesidad en que estaba de apelar á la reflexion y á la prudencia. Presentóse Orosio al concilio con los vehementísimos sentimientos prestados á su corazon y á su carácter por su complexion natural, por su origen español, por su comercio con los libros de San Agustin, ardientes como el Africa, y con las ideas de San Jerónimo, henchidas de febril misticismo. El clero de Tierra Santa se estremeció de horror, al oir de los labios de Paulo Orosio, expuestas con fervorosa exaltacion, las ideas de Pelagio. Todos los sacerdotes ardian por dar á tal doctrina una condenacion inmediata. Parecíales cada uno de aquellos pensamientos una blasfemia horrible escupida por criatura, rebelde como el mas hermoso de los ángeles, al rostro del Eterno. Juan no participaba de estas exaltaciones, ni de estas impacencias. En su serenidad, deseaba mayor reflexion y madurez en el juicio, y mayor mesura en las decisiones. Sobre todo, creia necesario que, para litigio tan importante, se guardasen con escrupulosa fidelidad las reglas primeras del procedimiento, y no se diese la sentencia sino des-

pues de la necesaria contradicción. Hasta el mismo sínodo reunido estimábalo Juan en su sinceridad, casi incompetente, por carecer del necesario número de obispos y no alcanzar la soberana jurisdicción y las altas prerogativas de un verdadero concilio. Atraído en aquella misma Jerusalén, fuente misteriosa de las revelaciones cristianas, á la autoridad de Roma, decidióse por consultar al Papa Inocencio, pidiéndole una declaración bastante explícita y autorizada para regular los sentimientos y las creencias de la Iglesia entera. Esto era tanto más necesario cuanto que Juan había oído decir á Orosio, tal vez en los ardores del combate y en las impremeditaciones de la improvisación, que el hombre tiene tan pervertida su naturaleza que puede caer en el pecado aun estando sostenido por la divina gracia.

Más, en la incertidumbre natural de aquellos tiempos y en los hábitos de los diversos cleros no bien disciplinados todavía, no bien reunidos en la Iglesia universal, y mucho menos puestos, como hoy, á las plantas de la Roma pontificia; en el estado propio de aquel tiempo, estaba el reunir asambleas eclesiásticas para entender de las doctrinas que se suscitaban en tal ó cual punto y de los principios que se difundían y propagaban con tal ó cual motivo. Presente Pelagio en Jerusalén, al clero de Jerusalén tocaba, por costumbre de aquellos tiempos, el controvertir su doctrina. Residían á mayor abundamiento multitud de eclesiásticos en Tierra Santa, conducidos allí por la natural majestad de aquel templo vivo de Dios y por los horrores y catástrofes de aquella edad de guerras y de irrupciones sin cuento. Había entre estos eclesiásticos varios obispos expulsados de las Galias, ansiosos todos de controversias y de polémicas. Así no fué mucho que nuevo concilio se reuniera contra la voluntad de Juan, expresamente manifestada, y convocara en términos explícitos á Pelagio para ir á Dióspolis y dar cuenta de sus doctrinas bajo la presidencia del obispo Eulogio de Cesárea. Este desconocimiento de la autoridad de Juan, este menosprecio de su jurisdicción y de sus facultades empeñáronle más de lo que naturalmente estaba en favor de Pelagio y su doctrina. Los enemigos del reformador breton esquivaron el combate en su presencia, no por temor á su palabra, por escrúpulo de complicidad con ideas que creían definitivamente condenadas en las anteriores convenciones religiosas. Treinta sentencias con dejos y sabores de heréticas presentaron

los Padres del Concilio á la consideración de Pelagio; y las explicó llanamente con tal abundancia de palabra y tal sinceridad de sentimiento que lo absolvieron y lo proclamaron tan sano de voluntad como puro de fe y de doctrina. La decisión produjo extraordinario escándalo, á pesar de explicarla sus mantenedores por la sabiduría con que Pelagio acertó á reunir la divina gracia y la humana libertad. San Jerónimo, de profunda indignación movido, llamó á la asamblea miserable Concilio. San Agustín tuvo que retractarse y hacer una especie de confesión general, porque Pelagio había citado en apoyo de la pureza de su doctrina, cierta carta suya, en la cual alababa la santidad y la ortodoxia del que entonces era su idolatrado amigo. Inocencio, suspendiendo todo juicio sobre las razones que movieran al Concilio á una absolución impremeditada y sobre la validez de la sentencia, aprovechó la coyuntura que se le ofrecía, y condenó los escritos de Pelagio. Pero Pelagio, fortalecido por la decisión de tantos eclesiásticos, alentado por la victoria sobre padres tan respetados y temidos de los polemistas como San Jerónimo y Paulo Orosio, aprovechó la ocasión para predicar y extender una doctrina, como la suya, que invocando el principio de libertad, remueve en sus más hondos afectos y en sus más religiosos secretos á nuestra naturaleza.

Esta predicación irritó la cólera de San Agustín, amargado por la notoriedad dada en el concilio último á sus confidencias con Pelagio. Batallador como un nómada, y astuto como un cartaginés, mezcló el gran padre de la Iglesia occidental á los ímpetus de la guerra religiosa los cálculos de la más exquisita prudencia, para que los ardores del combate no devorasen y consumiesen los frutos de la victoria. Acostumbrado á tener en sus manos, aparejadas siempre á la lucha, el cetro de los Emperadores y el rayo de los Papas, cual sucediera en el combate con los donatistas heridos é inmolados á sus instancias, San Agustín concitó á Inocencio á que condenase definitivamente y sin apelación alguna la herejía pelagiana. Aunque su voz resonaba desde África sobre todas las pasiones religiosas de su tiempo como resuena el trueno sobre las olas del mar; aunque sus ideas borraban todas las otras ideas como borra el sol todos los astros; aunque su persona, por la universalidad de los conocimientos y por la vehemencia de los impulsos, alcanzaba toda la grandeza y toda la importancia de la Iglesia universal; reunió un